

El Hombre Tranquilo



Primera edición en REINO DE CORDELIA, julio de 2020

Título original *The Quiet Man and Other Stories* [*The Green Rushes*], 1935

[Edición basada en la publicada por Appletree Press en 1992]

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

© The Estate of Maurice Walsh, 1935, 2020

Traducción de © Susana Carral Martínez, 2012

El editor agradece el apoyo financiero del **Ireland Literature Exchange**

(Fondo para traducciones), Dublín, Irlanda.

www.irelandliterature.com

info@irelandliterature.com

Ilustración de sobrecubierta: fotograma de *El hombre tranquilo*, Republic Pictures

Cubierta e ilustraciones interiores: carteles y fotos publicitarias de la película

El hombre tranquilo, Republic Pictures

IBIC: FA

ISBN: 978-84-18141-31-7

Depósito legal: M-15796-2020

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El Hombre Tranquilo

Maurice Walsh

Prólogo de Javier Reverte

Traducción de Susana Carral



Índice



<i>Introducción</i> , por JAVIER REVERTE	II
Personajes que aparecen en el libro	23
Prólogo	25
PARTE I	
Y LLEGÓ LA HIJA DEL CAPITÁN	33
Capítulo I	35
Capítulo II	53
Capítulo III	65
Capítulo IV	89
Capítulo V	111
PARTE II	
AL OTRO LADO DE LA FRONTERA	137
Capítulo I	139
Capítulo II	155
Capítulo III	167
Capítulo IV	179
Capítulo V	191



PARTE III

EL HOMBRE TRANQUILO 213

El hombre tranquilo 215

PARTE IV

LA JOVEN PELIRROJA 253

Capítulo I 255

Capítulo II 285

Capítulo III 299

Capítulo IV 307

PARTE V

DUBLÍN, CIUDAD PERVERSA 325

Capítulo I 327

Capítulo II 347

Capítulo III 371

Capítulo IV 379





Edición en **homenaje a Maureen O'Hara** (Dublín, 1920 - Idaho, 2015) en el **centenario** de su **nacimiento**.





John Wayne
como el hombre tranquilo.

Introducción

por JAVIER REVERTE

«SHAWN KELVIN era un muchacho despreocupado de diecisiete años cuando marchó a Estados Unidos en busca de fortuna, como tantos otros de los suyos. Y quince años después regresó a su condado de Kerry natal, serenada la despreocupación y consumida la juventud. Si había hecho fortuna o no... eso nadie lo sabía. Porque era un hombre tranquilo al que no le gustaba hablar de sí mismo y de las cosas que había hecho».

Así comenzaba un relato publicado el 11 de febrero de 1933 en la revista americana *The Saturday Evening Post*. Se titulaba *El hombre tranquilo* y lo firmaba un desconocido escritor irlandés llamado Maurice Walsh, que recibió dos mil dólares por la publicación de su obra, una considerable suma para la época. La historia impresionó a muchos miles de lectores en América, entre ellos a un director llamado John Ford, que dio a Walsh en 1936 un adelanto simbólico de diez dólares mientras intentaba captar el dinero suficiente que le permitiera lle-

var el relato al celuloide: tardaría quince años en conseguirlo.

En agosto de 1933, el cuento se publicó en Irlanda, en el *Chamber's Magazine*, y dos años después Walsh lo incluyó en un libro de historias que conforman la novela *Green Rushes*, que es el que ahora tiene el lector, traducido al español, entre las manos. El argumento es en sustancia el mismo que el de la narración original, aunque los nombres de algunos de los personajes cambiaron. Shawn Kelvin, *el hombre tranquilo*, pasó a llamarse Paddy Bawn Enright, y la familia O'Grady del relato primero (los hermanos *Red Will* y *Ellen Roe*) se transformó en los O'Danagher. A Paddy (el John Wayne del cine), Walsh le atribuyó en el nuevo relato 32 años de edad, «todavía bastante joven para el amor o para la guerra». A Ellen (Maureen O'Hara en la película) la situó en los veintiocho años, una edad algo tardía para casarse, aunque al verla «ningún joven de la región lo diría».

Maurice Walsh nació en el norte del condado de Kerry, en el suroeste de Irlanda, en 1879, y murió en su residencia de las afueras de Dublín en 1964, convertido en un autor famoso. Su padre, John Walsh, poseía una granja en donde cuidaba caballos y era un apasionado de la lectura. Como no le gustaba mucho el oficio de granjero —John se veía a sí mismo como una especie de «lord» campesino—, para ocuparse de los trabajos del campo contrató a un joven singular, callado y tranquilo, llamado Paddy Bawn Enright, que fue el gran amigo de la infancia de Maurice y con cuyo nombre, como homenaje, bautizó al protagonista de su más conocida obra. Aunque Paddy jamás viajó a América, era un buen boxeador, como casi todos los jóvenes del norte de Kerry, la tierra en



John Wayne y Maureen O'Hara, en una imagen de la película.

donde nacieron los padres de John L. Sullivan, el primer campeón del mundo de los pesos pesados.

Mientras Paddy trabajaba con denuedo la tierra, Maurice crecía en una atmósfera literaria, buceando en la extensa biblioteca de su casa entre los clásicos de la literatura inglesa. Su padre, además de eso, le despertó un hondo interés por las leyendas, el folclore y los mitos del mundo celta, lo que le convirtió en un encendido nacionalista irlandés. Toda su literatura está impregnada de ese hondo sentido nacionalista y algunos de los principales personajes que aparecen en este libro de relatos son luchadores del IRA contra la ocupación británica.

El norte de Kerry es un lugar singular dentro de Irlanda. La afición a las carreras de caballos y las apuestas llega a cada pequeño pueblo y hay decenas de hipódromos en el condado. Pero hay otra característica singular de la región: su pasión por pelear. Dicen que, hasta hace pocos años, era habitual en Kerry y Tipperary que, al distinguir una pelea callejera entre dos personas, incluso los trenes se detuvieran y los pasajeros comenzaran a cruzar apuestas sobre el resultado del combate.

No obstante, en Kerry no es sólo tradicional el boxeo, sino que desde hace más de dos siglos y hasta que fueron prohibidas tras la independencia (1922), se celebraban peleas masivas entre familias y clanes, con la intervención de cientos de personas en las batallas. Estos combates surgían de pronto por cualquier motivo en cualquier lugar y circunstancia: en el curso de un entierro, o en el mercado, o en una feria de ganado, o en una carrera de caballos. Y los contendientes empleaban bastones, palos, piedras y cuanto encontraban a mano. El resultado eran decenas de muertos y cientos de heridos. Las autoridades inglesas hacían la vista gorda ante estos sangrientos combates, en la creencia de que serían como válvulas de escape para una sociedad potencialmente revolucionaria como era la irlandesa.

La más famosa de estas contiendas tuvo lugar en junio de 1834, cuando las facciones de los Cooleens, Mulvihills y Lawlors se enfrentaron al término de la tradicional fiesta de juegos y carreras de Ballyeagh, en la frontera de los condados de Kerry y Clare. Mil doscientos Cooleens cruzaron el río Cashen para enfrentarse a unos dos mil Mulvihills y Lawlors. Las peleas con garrotes y piedras produjeron al menos veinte muer-



John Wayne y Maureen O'Hara.

tos, aunque se piensa que el número final de víctimas mortales fue mucho más elevado, a causa de los numerosos heridos que perecieron en los días siguientes. No hubo investigación policial ni persona alguna fue detenida. Y en los años posteriores continuaron las luchas, hasta que en 1856 el festival de Ballyeagh tuvo que ser suspendido y trasladadas sus celebraciones a la localidad de Listowel, al este del condado. Una placa en Ballyeagh recuerda todavía aquella famosa *Faction Fight* de 1834.

En ese ambiente de peleas, nacionalismo a flor de piel, tradiciones arraigadas, amistades masculinas, literatura y no poca cerveza, se fue curtiendo el joven Walsh. Y ese es el es-

píritu que rezuman sus libros y que transpiran estos relatos agrupados alrededor de *El hombre tranquilo*. Y ese es también el ambiente que plasmó el americano-irlandés John Ford —era hijo de irlandeses—, lírica y dramáticamente, en la película del mismo nombre, uno de los más hermosos filmes de la historia del cine. Ford, que se sentía tan americano como irlandés, viajaba a menudo a Galway en sus vacaciones y era un acérrimo partidario del IRA.

Aunque la historia de Walsh transcurre en Kerry, John Ford la situó en un lugar ideal: la isla de Inisfree. El lugar no existe como tal, sino que es una creación del poeta y premio Nobel William B. Yeats, que situó su poema *The island of Inisfree* en un islote deshabitado del lago Gill, en el condado de Sligo, conocido por el nombre de Isla del Gato. El poema de Yeats hace del lugar un símbolo lleno de bucolismo del alma irlandesa y de la juventud perdida. Y algo así es lo que Ford pretendía encarnar en su película: el lirismo de Irlanda y el viento de la juventud.

«Me levantaré y partiré hacia Inisfree
y allí alzaré una cabaña hecha de arcilla y zarzas;
tendré nueve surcos de judías y una colmena de miel;
viviré en soledad con el rumor de las abejas...».

Después de comprar a Walsh, en 1936 y por diez dólares, una opción para el rodaje del filme, John Ford llegó a un segundo acuerdo con el escritor unos años después, entregándole por la compra de los derechos de la obra para llevarla al cine 2.500 dólares. El contrato final se cerró en 1951 y Walsh percibió otros 3.750 dólares.



El casamentero Barry Fitzgerald en una escena de *El hombre tranquilo*.

La película se estrenó en Dublín en mayo de 1952 y en Estados Unidos en agosto. Y pronto se convirtió en un éxito de taquilla. El filme recibió siete nominaciones para los Oscar, logrando dos de ellos, el del mejor director y el de la mejor fotografía en color.

Por supuesto que los beneficios de la película fueron enormes: millones de dólares. Y como es natural, Maurice Walsh, que había recibido en total algo más de 6.000 dólares por los derechos de la obra, siguió pleiteando hasta su muerte por lograr más dinero y quejándose de que su historia había sido alterada en su esencia por el guionista, ni más ni menos que el



Maureen O'Hara
sentada junto a John Wayne,
en un descanso del rodaje.

gran Frank S. Nugent. Sus descendientes continuaron con el pleito, sin éxito ninguno por ahora.

El lector español, si ha visto también el filme, podrá decidir si prefiere como personaje al Sean Thorton (John Wayne) de John Ford, o al Paddy Bawn Enright de Maurice Walsh. Por su parte, el prologuista del libro se queda sin dudarlo con Maureen O'Hara, la Mary Kate Danagher de Ford.

JAVIER REVERTE

El Hombre Tranquilo



Personajes que aparecen en el libro

SEIS HOMBRES Y CUATRO JÓVENES pasaron una noche de junio, durante la Guerra de Independencia irlandesa, en el Hotel del Pescador, que da al lago Aonach, en cierta región montañosa del sudoeste de Irlanda, y en las páginas que siguen se narra una parte de sus vidas, curiosamente conectadas entre sí.

Los seis hombres eran:

HUGH FORBES, *el hombrecillo moreno*, exoficial británico y famoso líder guerrillero de una columna ligera del IRA (Ejército Republicano Irlandés).

MICHAEL FLYNN, su segundo al mando, conocido como *Mickeen Oge Flynn*, republicano incondicional, célibe por naturaleza, medio sacerdote por formación.

OWEN JORDAN, médico de la columna ligera, americano de origen irlandés e hijo de un feniano.

PADDY BAWN ENRIGHT, exboxeador profesional, conocido como *el hombre tranquilo* porque esperaba acabar sus días en

«un lugar pequeño y tranquilo sobre alguna ladera», pero tenía más posibilidades de acabarlos en una emboscada de los Black-and-Tans.

SEAN GLYNN, terrateniente y agente de inteligencia del IRA.

ARCHIBALD MACDONALD, hombre de las Tierras Altas de Escocia, capitán de los Seaforth Highlanders y viejo amigo de Sean Glynn, pescador de caña empedernido y prisionero de la columna ligera a causa, precisamente, de ese defecto.

Las jóvenes eran:

MARGAID MACDONALD, hermana del capitán MacDonald y prisionera junto a él.

JOAN HYLAND, joven irlandesa, novia de Sean Glynn.

KATE O'BRIEN, sobrina de un general de división británico y republicana tan ferviente como Mickeen Oge Flynn.

NUALA KIERLEY, agente del servicio secreto del IRA que destroza su vida por la causa.¹

¹ La Guerra de Independencia irlandesa, también llamada Guerra de los Black-and-Tans, fue una guerra de guerrillas que el IRA (en esta obra será siempre el IRA Antiguo, el primero, que surgió como ejército de Irlanda y del que luego se escindirían todos los demás) llevó a cabo entre 1919 y 1921 contra la presencia del gobierno británico en Irlanda.

Los Black-and-Tans eran una unidad paramilitar empleada por los ingleses entre 1920 y 1921 para reprimir la revolución irlandesa. En su mayoría la formaban veteranos británicos de la Primera Guerra Mundial. Reciben este nombre debido al color de los uniformes improvisados que les tocó usar al principio (negro y marrón claro o caqui).

Los fenianos eran independentistas, miembros de las *fenians*, organizaciones dedicadas a lograr una República Irlandesa independiente. El nombre se aplicó por primera vez a los componentes de uno de esos grupos fundados en Estados Unidos. En Irlanda eran grupos de jóvenes guerrilleros que vivían apartados de la sociedad, a los que se recurría en tiempos de guerra. (Todas las notas son de la traductora).

Prólogo

Del color del ámbar tenía mi amor el cabello;
El rostro perfecto, no lo había más bello;
Sus delicados labios, como rosas rojas,
Nunca más besarán mi boca.

I

NUALA KIERLEY —entonces aún era Nuala O'Carroll— se había educado al Este, en la frontera de Tipperary, una buena tierra para la cría de caballos. En cuanto dio sus primeros pasos, aprendió a montar a pelo asnos, mulos, ponis y ya en la adolescencia cualquier caballo al que pudiera retener mientras cinchaba la silla. A los diecisiete años era la mejor amazona de Munster, que es como decir del mundo. Así fue como conoció a Martin Kierley.

Nuala era prima lejana de Sean Glynn de Leaccabuie. Él solía decir que estuvo un poco enamorado de ella —como todo el mundo— hasta que conoció a Kierley; y fue entonces cuando Sean se fijó en Joan Hyland.

A Martin Kierley también le gustaban los caballos. Criador, aficionado a la caza del zorro, buen jinete, atractivo como el demonio, alto, moreno, atrevido, bondadoso, simpático, encantador y manirroto: así era Martin Kierley cuando cono-

ció a Nuala O'Carroll, diez años más joven que él. Y pasó lo que tenía que pasar. Ella tenía diecinueve cuando se casaron.

En opinión de todos, formaban la pareja mejor acoplada; eran brillantes, contrastaban y se complementaban el uno al otro: él moreno y alegre, ella rubia y con tendencia a la seriedad. Precisamente ese gesto serio, pensativo, sin llegar a fruncir el ceño, solía derretir los corazones de los hombres. Eran felices —lo fueron durante un tiempo—, se amaron durante mucho tiempo más y el dinero se colaba entre sus dedos como si fuera agua. La vida que llevaban, la única que Martin Kierley podía llevar, pedía dinero, dinero y más dinero, y ellos no tenían tanto. Pronto se quedaron secos. Pero al poco Sean Glynn se fijó en que Martin Kierley volvía a tener mucho dinero. Sean empezó a extrañarse.

Eso ocurrió durante la terrible Guerra de Independencia irlandesa; y en esa época el dinero corría en ambos bandos. Por eso Sean no se extrañó demasiado. Porque la joven pareja estaba muy comprometida con el IRA del Sinn Fein; y en la compañía para la que trabajaban se necesitaba mucho dinero.

Sin embargo, no olvidemos una cosa: Nuala amaba a Kierley, e incluso podría llegar a amar a otro hombre antes de que todo acabase, pero ningún hombre sería nunca capaz de desbancar Irlanda del lugar privilegiado que ocupaba en su corazón. Ella era así. En su interior llevaba ese rasgo extraño y fatalista de la mujer que es Eire. Cuando sólo era una niña de diecisiete años participó en el levantamiento de 1916 y vivió bajo fuego enemigo en Dublín. Y durante la Guerra de Independencia —¡Dios mío!— las cosas que podría hacer. Pero dejemos eso ahora...

En cierto momento, Sean Glynn fue llamado a Dublín. Era uno de los principales agentes de inteligencia del IRA, un hombre frío y audaz; pero cuando intuyó para qué lo habían llamado, conoció el miedo. En Dublín se encontró con un hombre de voluntad férrea —no revelaremos su identidad—, un tipo pequeño, fuerte, de aspecto apacible, con unos ojos azules y amables que podían volverse fríos como el hielo. Y ese hombre habló con Sean Glynn.

—Hay filtraciones, Sean —le dijo—, y el asunto es grave. Nuestros hombres mueren y nuestros planes fracasan, por eso debemos buscar su origen cueste lo que cueste. Ya sé a través de qué cauce se produce la filtración, pero no sé dónde se origina. Tú te ocuparás de averiguarlo, con ayuda.

Se detuvo.

—¿Por qué? —preguntó Sean—. No necesito ayuda, si es posible evitarla.

—¡Escúchame! Cierta agente británica, en una noche concreta, tendrá en su poder un documento durante una hora, y durante esa hora estará muy bien protegido. Al cabo de esa hora el documento estará en manos de un secretario británico en el Castillo de Dublín. Podríamos ocuparnos de ese agente en cualquier momento, sin el documento, claro, pero los británicos tienen muchos otros valientes que lo sustituirían. Debemos hacernos con ese documento antes de que lo lleve al Castillo.

—¿Cómo? —quiso saber Sean.

—Te lo explicaré. Lo hemos investigado. Se llama Hanley, capitán Sir Henry Hanley, y es medio irlandés, exoficial británico, campeón de peso medio de su batallón, valiente y sin un

pelo de tonto. Es un hombre fuerte y, como todos los hombres fuertes, tiene sus debilidades. Podríamos llegar a él utilizando una mujer, pero tiene que ser una mujer especial. Tiene que ser la mejor. ¿Hablarás con tu prima, Nuala Kierley?

—¿Has hablado con su marido? —preguntó Sean.

—No —respondió el hombre sin inmutarse—. Esto es algo de lo que no se puede hablar con un marido.

—Ni con un primo —respondió Sean—. No pienso hacerlo y no hay más que hablar.

Sean no tenía miedo de aquel hombre, pero sentía miedo.

El hombre sabía qué era lo que atemorizaba a Sean, pero ante la causa irlandesa no cedía nunca.

—Imaginé que podrías negarte —dijo—. Hablaremos directamente con Nuala. Está en la otra habitación.

Y eso fue lo que hizo, habló claro y con frialdad de la filtración, las muertes, los fracasos, el riesgo... y el señuelo.

—No lo hagas, Nuala —advirtió Sean—. ¡No lo hagas, niña!

Pero era como hablarle al viento. Tenía que hacerlo. Lo haría por el bien de Irlanda.

—Nadie debe estar al tanto —dijo el hombre—. Nadie, excepto Sean, tú y yo. —Dio un golpe en la mesa—. Nadie más —repitió.

Nuala lo observó durante un largo rato con esa mirada profunda y pensativa; luego sus ágiles hombros se agarrotaron. Ya sabía por qué Sean la había advertido.

—Está bien —dijo por fin, muy tranquila.

Entonces, aquel hombre implacable sonrió mirando a Sean Glynn.

—Cuida mucho de tu prima, Sean —le dijo—. ¡Mucho! Cuídala. Estáis solos. Podéis organizarlo como queráis, pero traedme ese documento.

II

NO FUE DIFÍCIL PLANIFICARLO. Hanley, el agente británico, se alojaba en el Rowton, el viejo Rowton, antes de que se incendiara. Sean Glynn también reservó una habitación allí, en la misma planta pero al otro lado de una curva que describía el pasillo. Nuala Kierley no vivía en el hotel, aunque acudía todas las noches al vestíbulo o al restaurante; era un conocido refugio de la buena sociedad —y de cierta sociedad—. Se vestía para representar su papel, pero no se maquillaba. No necesitaba maquillaje. Solía sentarse a una mesa reservada para ella en un rincón apartado —el cabello brillando con esa palidez del oro claro, más blanco que el oro—, entre tímida y asustada, pero decidida a cumplir. Sean Glynn se sentaba a una mesa medio oculta tras una columna y se maravillaba contemplándola.

Tardó una semana en hacerse con el hombre, pero se lo llevó de calle. Era joven, viril, barbilampiño y elegante, ¿acaso tenía la más mínima oportunidad? La vio —era imposible no verla— y ella lo miró —en sus ojos luchaban el miedo y la decisión de seguir adelante— con esa forma que tenía de mirar a los hombres, pensativa, apenas perpleja, el ceño a medio fruncir y muy seria. Se lo llevó al huerto.

A los tres días ya cenaban juntos. Ella era joven y novata, era la primera vez que conspiraba, pero no dejaba traslucir ni

su miedo ni su valentía. Y él estaba entusiasmado, como si poseer a aquella mujer fuese la sal que condimentase el riesgo mortal que corría. Al cabo de una semana, lo tenía dominado. Y al final de esa semana, el documento llegó a manos de él.

Aquella noche también cenaron juntos; y tres hombres ocuparon una mesa cercana: eran guardias armados. Sean sabía que otros guardias esperaban en el vestíbulo y alrededor de la puerta. Pero Nuala Kierley hizo su trabajo a conciencia. Al final él estaba medio bebido —más que eso—, sin haberse dado cuenta siquiera...

Al cabo de un rato, ella subió a su cuarto. Había tomado una habitación para pasar la noche, o eso fue lo que le dijo a él, pues se trataba de la habitación de Sean Glynn. Hanley la siguió pasados quince minutos.

Sean Glynn esperaba al final del pasillo, oculto bajo un umbral oscuro, y en cuanto el hombre entró en el cuarto de Nuala se acercó despacio a la puerta, con la mano en la culata de un arma automática. Esperó. Podía haber entrado y atacado al hombre, pero ese sería su último recurso. Hanley era temerario y el ruido de una pelea, o de un disparo, podría estropearlo todo. Sean Glynn se limitó a esperar. Dentro se oyó un murmullo de voces, luego tintineo de copas, otra vez murmullo de voces, y después el silencio...

Cuando por fin la puerta se abrió suavemente y el brazo desnudo de Nuala asomó por la rendija, Sean Glynn cogió el sobre que pendía de su mano y se marchó.

El traidor era Martin Kierley.

—¿Lo sabías? —el hombre de voluntad férrea le preguntó a Sean aquella noche.

—Me lo temía.

—También Nuala Kierley. ¿Sabes cuál es el destino de los traidores? Mañana llévate a la esposa contigo a Leaccabuie.

—Puede que no quiera venir.

—Será una orden. En Dublín tiene los días contados. Díselo de camino.

Sean se la llevó a Leaccabuie y se lo dijo de camino. No se sorprendió, pero se quedó sin habla. Y desde Leaccabuie se la llevó al lago Aonach, donde la columna ligera del IRA se ocultaba tras la emboscada de Coolbeigh, donde el capitán Archibald MacDonald estaba retenido en calidad de prisionero, y donde la vio durante medio minuto a la luz de un fuego de turba. Nunca la olvidó.

Luego ocurrió algo muy raro. Debió conseguir alertar a su marido de alguna forma, porque huyó de Dublín el mismo día en que iban a ocuparse de él y se fue derecho al lago Aonach, donde estaba Nuala. Hugh Forbes, el gran líder de la guerrilla, se encontraba con Nuala y Sean Glynn en el salón del Hotel del Pescador cuando Kierley entró precipitadamente.

Ya era un hombre acabado, estaba hecho pedazos y no quedaba en él ni pizca de valentía; pero seguía amándola. La amaba sin lugar a dudas. Se arrastró ante ella. Quería que supiera que había aceptado los sobornos británicos —muy elevados— por ella. Nuala también lo quería. Pero allí mismo lo desdenó: no tendría nada que ver con él, no permitiría que la tocara, jamás perdonaría a un traidor. Al final él lo comprendió. Miró a Hugh Forbes y en su interior se despertó un resto de hombría.

—¡Bueno, Hugh! —dijo bastante seguro—. Sácame de aquí y haz lo que tengas que hacer.

Hugh Forbes se lo llevó a las viejas ruinas del castillo Aonach, en las colinas. Pero Hugh Forbes tenía su propia forma de pensar y se guió por ella.

—Escucha, Sean Glynn —dijo—, no quiero que su sangre caiga sobre tu cabeza o la de ella. Según tú, la tregua está cerca y lo retendré hasta que llegue; luego lo sacaré del país.

Sean le advirtió contra el hombre de voluntad férrea que estaba en Dublín.

—Tu hombre de voluntad férrea puede irse al infierno —respondió Hugh. Y hablaba en serio—. Ahí es donde debe estar —remató Hugh, que no temía a nadie.

Así retuvo a Kierley bajo custodia. Y llegó la tregua. Esa misma noche Kierley escapó, y a la mañana siguiente lo encontraron ahogado en el *Poul Cailin Rua* —el pozo de la Joven Pelirroja—, que es el pozo de los traidores. Y esa semana se vio la aparición de la Joven Pelirroja, o eso dicen. Aquel hombre sabía que de su vida sólo quedaban las cenizas y que había perdido a Nuala para siempre. Siguió la única senda que le quedaba.

Después Nuala Kierley desapareció y ninguno de sus amigos volvió a verla durante siete años.

PARTE I

Y LLEGÓ LA HIJA DEL CAPITÁN

Y llegó la hija del capitán, el capitán de caballería,
Diciendo: «Bravos irlandeses, unidos no seremos enemigos
[en esta vida;

Mil libras os daré si conmigo de casa os vais,
De hombre me vestiré y lucharemos por la libertad.

The Boys of Wexford

Capítulo I

I

HACÍA BUEN TIEMPO aquella mañana y yo me encontraba bien. Bien, pero cansado; demasiado cansado hasta para fumar.

Apoyé mi deteriorado rifle contra el muro de piedra, recosté los hombros sobre la albardilla y dejé que mis ojos vagaran perezosos por aquel valle que no habían visto antes. Era un valle agradable que se extendía bajo las pardas laderas de brezo con estrías de piedra y, no sé por qué, aunque quedaba a seis mil millas de allí, me hizo pensar en un pliegue resguardado de las lomas pedregosas que se extienden tras San Lorenzo, donde en una ocasión me había cobrado un ciervo de nueve puntas. Suspiré llevado por una melancolía muy agradable. ¿Volvería a ver Nuevo México, con sus picos austeros, sus distancias, sus colores? Una bala de los Black-and-Tans podía alcanzarme en cualquier momento y mi cabeza caería sobre la culata de mi rifle —como ya había vis-

to muchas veces— mientras mi alma volaba a seis mil millas de distancia... si tuviera un alma capaz de volar.

Desde la puerta abierta de la cocina que quedaba a mi espalda, pasado el huerto de árboles frutales, me llegaba el grave murmullo de las voces masculinas y, de vez en cuando, una de esas agudas risas propias del sur de Irlanda. Lo que quedaba de la columna ligera estaba desayunando, y la boca se me hacía agua al olor del tocino y los huevos. En cosa de diez minutos saldría Mickeen Oge Flynn para relevarme, aunque en aquel momento no tenía demasiada hambre, después de la larga marcha nocturna. Las tensiones habían disminuido cómodamente y el único deseo que persistía era el deseo de dormir: dormir y despertar somnoliento, y somnoliento ver pasar la vida suavemente... durante un rato. Ya no me compadecía de mí mismo.

Era una agradable mañana de mayo en la que una suave corriente de aire exhalaba dulzura desde el espino y enviaba a la deriva unas pequeñas nubes blancas sobre la calva cima del monte Leaccamore, al otro lado del valle. Aunque los mirlos guardaban silencio, las alondras remontaban el vuelo y cantaban; y, como fondo al canto agudo de las alondras, por la verde ladera subía el sempiterno murmullo del agua corriendo en cauces poco profundos: entre una risa y un suspiro, lento, letárgico, manteniéndose a distancia con una soledad tierna, a tono con un ambiente tranquilo.

Lentamente pensé que en aguas como esas tenía que haber pesca: truchas moteadas devorando moscas con glotonería, o tal vez un salmón recién llegado del río Shannon. Al fondo del valle se veían grandes remansos entre grupos de

avellanos, y el flamante sol serpenteaba sobre las aguas poco profundas. En mí se despertó el interés. Big Paudh Moran y yo —aunque antes echaría una buena cabezada— podríamos probar a lanzar la caña un par de veces a última hora de la tarde, sin duda.

Un hombre bajo y corpulento, con bombín y abrigo negro, saltó sobre una valla de arcilla situada a cien metros por debajo y empezó a subir la ladera en dirección a mí. No parecía peligroso, pero en nuestro juego a vida o muerte no podíamos dar nada por seguro, así que emití dos silbidos agudos y alargué la mano hacia la culata oculta bajo la axila.

—¡Buenos días! —saludó en voz alta a una distancia prudente—. ¡Qué buena mañana hace, gracias a Dios!

—Pues sí —convine—. ¿Quería alguna cosa?

—No... bueno, sí. Venía a ver... —dudó— ... Venía a ver a Sean Glynn.

Sean Glynn de Leaccabuie era el granjero de las tierras altas que esa mañana daba de desayunar a la columna ligera. Era de los nuestros, un amigo, y cualquiera que viniera a verlo podía ser también amigo. Fuera quien fuese, no era de los que combatían, porque su rostro redondo, sudoroso y bien afeitado no estaba curtido y llevaba ropa de comerciante, en lugar de la trinchera con cinturón y el sombrero de fieltro que usaban en las columnas ligeras. Sólo uno de los nuestros se empeñaba en llevar bombín: Matt Tobin, el trillador; y lo llevaba porque, según él, le daba buena suerte. Tenía dos agujeros de bala.

Se oyó una voz a mis espaldas.

—¡No pasa nada, doctor! —Sean Glynn se acercaba por el camino, entre las bayas—. Bienvenido, John. Sube por aquí.

El ciudadano llegó hasta la puerta que había en el muro, siempre pendiente de mí.

—Estoy buscando al comandante Forbes —dijo—. Tengo que darle una noticia urgente.

Miré a Sean y Sean asintió.

—Has sabido buscarlo, John. Hugh Forbes está desayunando. Ven conmigo.

Acompañé al visitante hasta la puerta de la cocina, lo anuncié y luego volvió hasta donde yo estaba, junto al muro.

—Es John Molouney. Regenta un pub en Castletown, a ocho millas por detrás de aquel rellano —me dijo—. Es de mi brigada de inteligencia, uno de los hombres más válidos que conozco.

Sean Glynn era un joven moreno con educación universitaria que no se daba humos, un hombre alegre y valiente. Era nuestro jefe de inteligencia en el Sur. Cultivaba muchos acres al final del valle y sus ovejas pastaban en los páramos que se extendían a nuestras espaldas, por lo que obviamente tenía intereses comerciales en todas las poblaciones con mercado de Munster; en ellas recogía información sin levantar sospechas y mantenía abiertas las líneas de comunicación entre las columnas ligeras y el centro de operaciones de Dublín.

Su voz cambió, se volvió más seria.

—Será importante si John Molouney ha subido el Leacamore tan temprano.

—Pues es una pena que haya venido —me quejé—. No estamos aquí para hacer cosas importantes, sino para descansar.

—¡Que Dios te lo conceda! —deseó Sean Glynn con sorna. Descansar era una de las cosas que pocas veces podían hacer las columnas ligeras.

Bostecé con ganas.

—¿En ese río de ahí hay pesca?

—Es el Ullachowen. —El orgullo reprimido que se adivinaba en su voz fue respuesta suficiente.— ¿Ves ese pozo, el sinuoso, con un endrino en el recodo? La semana pasada mi amigo el capitán Archie MacDonald pescó un ejemplar de veinte libras en uno de sus extremos. Está al mando de la guarnición inglesa de Castletown, los Seaforth Highlanders.

—¿Y es amigo tuyo?

—Sí, aunque sea del enemigo.

—¿Lo escoltó una compañía de sus soldados mientras estuvo pescando?

—¡Ni uno! Sólo su hermana, que sacó el salmón del agua sin estropearlo.

—¡Alabados sean el dios de la pesca y su paciencia! —exclamé—, por concedernos este alegre valle, donde un oficial del enemigo puede pescar salmones de veinte libras sin más escolta que la de su hermana. ¿También es amiga tuya?

Sacudió su cabeza de pelo negro y me sonrió.

—Es pelirroja, pero es un encanto de chica, y su hermano es un hombre decente. Hace mucho que somos amigos. Ya sabes que viví en Escocia quince años, donde mi padre trabajaba para la Hacienda Pública. Archie MacDonald y yo estudiamos juntos en la Universidad de Edimburgo. Lo aprecio: es tranquilo y odia esta condenada guerra.

—¿Sabe que estás metido de lleno, que eres espía?

—Yo no se lo he dicho. No es fácil de engañar, pero no dice nada.

—No es una buena idea traer aquí a una chica.

—Fue culpa mía. Me preguntó si el lugar era seguro y le dije que sí. En Castletown lo respetan y mantiene la situación bajo control. Sus Highlanders no le han puesto un dedo encima a ningún hombre, mujer, niño o niña, aunque, eso sí, algo han cortejado a las jóvenes.

—Es lo que suele pasar cuando las jóvenes y los Highlanders se encuentran —comenté.

Mickeen Oge Flynn, nuestro segundo al mando, salió para relevarme y dirigió hacia mí su sarcástica mirada azul.

—Hugh Forbes tiene una noticia agradable para ti, Owen.

—¡Al diablo con sus noticias! —respondí, y entré a desayunar con Sean.

II

ALGUNOS HOMBRES seguían sentados ante la larga mesa de madera blanca; otros fumaban cómodamente, repantigados en las sillas de mimbre; y Big Paudh Moran se sentaba sobre el suelo de losas, con la espalda contra la pared encalada, cuidando de mi caña de pescar cubierta por una lona.

—¡Oye, tú, patoso! —Le arrebaté la caña y le di con el extremo—. La próxima vez que te pille poniéndole las manazas encima, haré que te la tragues.

—¡Por Dios, Owen Jordan! —Sus enormes manos transmitían desaprobación—. Sólo intentaba evitar que le ocurriera algo.

—Uno de los nuestros podría pisarla, no lo dudes —dijo Paddy Bawn Enright.

Paddy Bawn era al que llamábamos *el hombre tranquilo*: más bien pequeño, con el hábito de encorvar un hombro y la mirada fija del luchador bajo unas cejas marcadas. Había pasado quince ajetreños años en Estados Unidos, había sido uno de los mejores pesos welter del momento y había vuelto a casa, a Kerry, buscando la paz en unos pocos acres de alguna ladera; y la paz que tenía más posibilidades de encontrar era la paz definitiva de la muerte; la muerte en una emboscada de los Black-and-Tans.

La robusta Johanna Dillane, el ama de llaves de Sean Glynn —Sean no estaba casado—, agachada junto a un pote situado sobre las brasas de un fuego de turba, habló con su dulce acento de Munster:

—Siéntate para desayunar, *mo grah geal*, y déjalo estar.

Puso un plato de tocino y huevos a mi lado y fue a coger su tetera marrón.

Mientras comía, mantuve mi preciada caña sobre las rodillas. Y no dejé de mirar de reojo al comandante Hugh Forbes, nuestro famoso hombrecillo moreno. Se sentaba a un lado del enorme hogar, con la silla apoyada sobre dos patas y, como siempre, el viejo sombrero de fieltro caído en oblicuo sobre los ojos. Sólo veía la punta de su nariz aguileña y la línea de su boca, a la vez delicada y dura, sobre la barbilla ancha. No fumaba, por eso supe que algo lo tenía preocupado. El mensajero llegado desde Castletown ocupaba el otro extremo del hogar y sorbía el té humeante de una taza alta, con el semblante aún cordial.

—John Molouney nos ha traído noticias, Oweneen.

La profunda voz de Hugh Forbes no era más que un murmullo, sus labios casi no se habían movido y su cabeza permanecía inerte.

No me gustó que me llamara Oweneen, pequeño Owen. Todos éramos más altos que él y de mayor edad, pero cuando planeaba encargarnos una tarea complicada utilizaba los diminutivos cariñosos que se usan para dirigirse a los niños: nosotros éramos sus niños. Se trataba de uno de los mejores líderes de la guerrilla de toda aquella tierra agitada y torturada.

—Nos ha traído noticias, Oweneen Jordan —repitió.

—No me las cuentes, papá — respondí, y me llené la boca de comida. Tenía miedo de aquellas noticias.

—Las oirás, hijo.

Pero aún tardé un rato en escucharlas.

Dos estridentes silbidos nos llegaron desde la parte trasera de la casa y todos nos pusimos tensos, excepto Sean Glynn, que se levantó y salió al exterior. Johanna Dillane aspiró profundamente y luego soltó el aire en un gemido con cadencia de temor y resignación.

Sean regresó en menos de un minuto.

—No hay peligro —dijo enseguida, aunque su voz traslucía ansiedad—. Son el capitán MacDonald de los Seaforths y su hermana. Vienen a pescar muy a menudo.

Hugh Forbes se había puesto en pie sobre sus piernas arqueadas.

—¿Están a mucha distancia?

—Acaban de abandonar el camino principal, como a unos diez minutos.

—¿Suelen entrar en la casa?

—Sí, a tomar un té y charlar, pero no por la mañana. Hay sitio para todos vosotros en el pajar.

—Si no queremos tener problemas, será lo mejor. Paddy Bawn, avisa a las avanzadas y diles que se escondan en el pajar. ¡En marcha, muchachos! —Sus ojos se clavaron en mí.— Tú sigue con el desayuno, Owen. Serás un amigo de la familia que ha venido a pasar el día pescando. —Hizo una mueca y luego exclamó afectuosamente—: ¡Maldito Archie MacDonald! En su vida ha sido capaz de pensar en otra cosa que no sea la pesca.

—¿Lo conoces? —quise saber.

—Y tanto. Nos emborrachamos juntos en El Cairo y subimos la Gran Pirámide como pudimos. Tú también lo... ¡Claro que no! Él no estuvo en el frente de Tesalónica.

Había conocido a Hugh Forbes en el frente de Tesalónica, cuando la Décima División irlandesa protegió la retirada hacia el valle del Vardar y yo me ocupé de los heridos durante treinta y seis horas seguidas. Pero ya no éramos oficiales del Ejército Aliado y el capitán MacDonald era el enemigo.

A los tres minutos, en la cocina sólo quedábamos Johanna Dillane y yo. Mientras ella se apresuraba en retirar todo rastro de los desayunos, yo seguí comiendo despacio, pero ya sin ganas.

El sonido de las voces nos llegó desde el lateral de la casa y continuó por el huerto de la cocina hasta la puerta del muro. Eran las voces de un hombre, de una mujer, y la de Sean Glynn; todas agradables. Pensé que el acento inglés de la gente instruida resultaba evidentemente culto, no como el de aquellos, que arrastraban suavemente los sonidos al hablar. Desde allí oía su conversación.

—Has madrugado, Archie, ¡y sólo para perder el tiempo!

—No parece un día prometedor, para la pesca, claro. Pero para los pueblerinos como tú, está bien.

—Se nublará dentro de un rato —prometió el irlandés, sabiendo que no sería así.

—Quiero intentarlo de todos modos. Es posible que no tenga muchas oportunidades más.

—Pena me da oír eso, amigo. ¿Os vais?

—Yo sí. Pero aún quedan unos cuantos peces en las aguas escocesas a las que me voy. ¿Te acuerdas, Sean? Y sin correr riesgos con vuestros condenados chicos del Sinn Fein. —Luego, con una voz despreocupadamente sugestiva—: Por cierto, aunque sólo es un rumor que corre por Castletown, se dice que Hugh Forbes y su columna andan por los montes de Glounagrianaan o de aquí.

—¿Y para qué iba a venir a esta zona? —Sean se mostraba escéptico.

—Para crear problemas, ¿para qué iba a ser? Si lo ves... ¡Oh, sí! Es posible que lo veas, mi tranquilo amigo... Dile que espero darle un puñetazo en su cabezota morena y tomarme una última copa con él antes de ponerle las esposas.

—¡Vaya! ¡Caramba con el soldado! —Sean no pensaba soltar prenda.

Sonreí. Sin duda Hugh Forbes estaría dispuesto a tomarse esa última copa, pero aquel oficial de las Tierras Altas tendría que ser muy hombre para darle un puñetazo a nuestro hombrecillo moreno, ya estuviese bebido o sobrio.

—Me encantaría conocer al gran Hugh Forbes —Era la mujer quien hablaba.

—Le advertiré que tenga cuidado contigo... si lo veo —respondió Sean en broma—. Dicen que le encantan las pelirrojas, Margaid. ¡Ay! Y tú sigues tan pelirroja como siempre. ¿No crees, Archie?

Sonreí de nuevo. En aquel momento el gran Hugh Forbes la estaría observando por alguna grieta de la celosía del pajar. ¿Por qué no podía verla yo también? Me incliné sobre la mesa y levanté un extremo de la cortina.

El hombre era alto, de rostro delgado y curtido, resistente, con traje de tweed y gorro de cazador, una gran cesta de pescador a la cadera y bajo el brazo una caña para truchas que, según me pareció, mediría unos doce pies, longitud más que suficiente para pescar una ballena. Su hermana, de espaldas, era una joven esbelta que llevaba pantalón de montar y botas de agua.

Entonces sentí algo inexplicable: de repente me encontré alejado de todo, solo. Aquella era una mujer protegida y yo la miraba desde otra dimensión, en la que un terrible ideal de libertad nos empujaba a vivir días y noches de miedo. Jamás conocería a aquella mujer; aquella mujer nunca me conocería; porque yo no tenía acceso a una vida normal, y sólo podía luchar inquebrantable hasta el fin.

Tal vez fue la intensidad con que la observaba lo que la hizo volverse en dirección a la casa y mirar hacia el extremo levantado de la cortina. Era como si clavara sus ojos en los míos. Tenía el rostro estrecho, más ancho en la frente y de barbilla alargada, de piel limpia, con poco color. Los ojos eran o muy oscuros, o tenía las pestañas muy negras, y una franja de pelo rojo se escapaba de un sombrero de tweed en el que llevaba un torzal de moscas para la pesca.

—La reina Isabel I en persona —murmuré.

Se giró lentamente y yo dejé que la cortina volviera a su sitio. Unas cuantas palabras más, un saludo de despedida y el ruido seco de las botas de Sean Glynn se acercó a la casa. El soldado, la joven y el granjero del Sinn Fein habían hablado en un tono desenvuelto, de amistad.

III

HUGH FORBES Y JOHN MOLOUNEY ocuparon de nuevo su sitio junto al hogar. Sean Glynn y Mickeen Oge Flynn llegaron del exterior; Paddy Bawn Enright se sentó en un extremo de la mesa, con un hombro encorvado en ese gesto tan característico; Big Paudh Moran se desplomó sobre una silla, con sus ojos de buey fijos en mí y en mi caña; los demás se quedaron en el pajar para dormir o se hicieron un nido acogedor en el patio con el heno que quedaba del invierno.

Lentamente llené mi pipa y esperé. Hugh Forbes se frotó el cuello.

—No está mal la chica —comentó pensativo.

—Tiene el pelo rojo, es de las Tierras Altas de Escocia —intervino Mickeen Oge Flynn—, y quiere conocer al gran Hugh Forbes. ¡Que Dios nos coja confesados! ¿Qué os parece?

—Una joven notable.

En los momentos de descanso, Hugh solía expresar sus intenciones de irse a Escocia y tener una mujer pelirroja cuando acabase la guerra, si acababa alguna vez. Sabíamos que no era más que una fantasía pintoresca, pura ficción pa-

ra mantenernos —a él y a nosotros— en contacto con el mundo normal. Pero aquel día, curiosamente, una mujer escocesa y pelirroja había estado a punto de cruzarse en nuestro camino.

—¡Vaya, vaya! —murmuró. Luego chasqueó los dedos y se dirigió a mí—: De momento dejaremos en paz a MacDonald... y a su hermana. ¿Has oído lo que dijo?

—Sí. Que un día alguien te dará un puñetazo en tu cabeza morena.

—Ha confirmado las noticias que nos trajo John Molouney. Y no son buenas, Owen, hijo mío. Los Seaforths se van de Castletown.

—Algunas de las chicas lo lamentarán —dije, acercando una cerilla a la pipa—, y yo tendré toda la pesca para mí solo.

Big Paudh Moran abrió la boca, pero la cerró al ver el gesto de Hugh.

—Los relevarán cinco camiones llenos de Black-and-Tans.

—¿Y qué? No estamos aquí para enfrentarnos a los Tans. —Pero una idea deprimente había hecho presa en mi cabeza.

La Policía Militar británica recibía el apodo de *Black-and-Tans* debido a sus uniformes —guerrera negro azulada y pantalón estrecho escocés de color caqui— y porque poseía las mismas cualidades para combatir que un terrier negro y canela con muy mal carácter.

—No lucharemos hasta que nos obliguen —dijo Hugh con suavidad—, pero este grupo de Tans tiene mucha habilidad para lograrlo. Quemaron Ballaghford una mañana de enero en la que nevaba.

—La única ciudad de Irlanda que podía mejorar después de un incendio.

—Y tirotearon Kilduff el Viernes Santo.

—A ellos les dispararon a una milla de allí y perdieron cinco hombres.

—El mes pasado se cargaron a Paddy Pat Walsh y a cuatro de sus hombres cuando descansaban en casa de Scartley.

No supe qué responder a eso. Paddy Pat Walsh era la bondad personificada y sus cuatro hombres, los más leales. Los habían retenido y matado cuando estaban desarmados.

—¿Qué dices a eso?

—¡Nada! —respondí, y le di una buena calada a la pipa.

¿Qué esperanzas nos quedaban de poder descansar, con lo agotados que estábamos? Después de tres meses embarcados en la más dura campaña de guerrilla —emboscadas, incursiones, fugas y marchas nocturnas de cuarenta millas—, nuestro líder, Hugh Forbes, había reunido a los que quedábamos, veinticinco combatientes, y nos había alejado de la zona de guerra para llevarnos a la tranquilidad de aquellas colinas. Conocedor de la lucha, sabía cuándo sus hombres habían llegado al límite. Nos portábamos de forma imprudente, temeraria, sin dar valor a nuestras vidas, y Hugh nos dijo: «Es cuestión de sangre fría, hijos. Nosotros somos pocos y ellos son muchos, por lo que debemos vender cara nuestra piel —luego un deje de nostalgia tiñó su voz profunda—: Resulta tan fácil morir y acabar con todo».

Y allí nos encontrábamos ahora, esperando pasar un mes tranquilo entre los granjeros; pescando un poco, durmiendo mucho, reuniendo munición, probando las minas terrestres ingenio-

samente fabricadas con los topes de los ferrocarriles, preparándonos para una nueva incursión en el combate infinito y cauteloso que no sólo podría durar lo mismo que nuestras vidas, sino también lo que las vidas de nuestros niños de pecho... así veíamos la guerra en el Sur. Continuaría siempre, contra un enemigo terrible en su firmeza, hasta la muerte o hasta que fuésemos libres.

Hugh Forbes se dirigía a mí con una afabilidad que resultaba sospechosa.

—Lo habíamos estado hablando antes de que entraras y... ¡Bueno! Uno de nosotros tendrá que bajar para echar un vistazo a los Tans.

—Y establecer líneas de comunicación —continuó Micken Oge Flynn, que nunca se andaba con rodeos—. Atar todos los cabos y, seguramente, recibir una bala en el estómago antes de haber terminado.

Miré a Sean Glynn. Era nuestro oficial de inteligencia y el hombre adecuado para la misión. Negó con la cabeza.

—Lo siento, doctor. Mañana salgo hacia Dublín. Tengo trabajo en el centro de operaciones y no es nada fácil, pero me cambiaría contigo encantado. —Frunció el ceño—. Debo ayudar a una mujer, de mi propia sangre además, a engatusar a un hombre para cazar a otro hombre: un traidor del que no conocemos su identidad. —Había algo devastador en la calma con que lo dijo.

Hugh me sonrió. Era una de esas endemoniadas sonrisas suyas, medio nostálgicas, con las que se ganaba a cualquiera.

—Pensamos que tal vez tú te ofrecerías voluntario para ir a Castletown.

El humo me quemó la garganta, pero lancé un juramento mientras me ahogaba y gesticulé furioso en todas direcciones.

—A ellos no se lo he pedido, hijo —dijo Hugh—. Son de esta parte del país y los conocen. Si un espía los ve en Castletown... —Volvió a chasquear los dedos—. Míralo desde este punto de vista: tú eres desconocido en la zona y, aunque posees todas las cualidades de una mula coja, excepto las buenas, pareces afable, como la mayoría de los yanquis. Desprendes una especie de austeridad casi clerical, juvenil, avergonzada. Si le pedimos al padre Ryan que nos preste una sotana y un alzacuello, ni uno solo de esos Tans sospechará de ti.

Señalé a Mickeen Oge Flynn. Tenía el rostro serio y delgado del asceta y, antes de que el frío fuego de su patriotismo lo empujase a la guerra, había pasado tres años en el seminario, estudiando Teología.

—No me importa —dijo tranquilamente—. Iré.

Era incluso más republicano que el propio Hugh Forbes y no tenía miedo a nada de este mundo, ni del otro.

—Tu cara es demasiado conocida en Castletown —le dijo Hugh—. ¿Irás, Owen?

—No —respondí con firmeza.

—Tendrás tus motivos. —Nunca había hablado con más suavidad.

—Los tengo. Me voy de pesca.

Todos se rieron, excepto Big Paudh Moran y Hugh Forbes.

—Un motivo a medias que no está mal. Oigamos la otra mitad.

—Tengo miedo.

Y volvieron a reírse.

—No tienes por qué, hijo. El miedo forma parte de la vida que llevamos.

—Pero en el fondo soy un cobarde y os fallaría si me veo en un apuro.

—Nos arriesgaremos. ¿Qué más?

—Te lo diré, tozudo. ¿Quién instituyó los períodos de descanso para las columnas agotadas?

—Nosotros.

—Tú. Y esta es una de ellas. ¡Escucha! Si creamos problemas, Castletown arderá. Si tendemos una emboscada a los Tans en el camino, como represalia esta casa y todas las granjas que rodean el valle serán pasto de las llamas. ¿Te vale ese motivo? Por no hablar del estado en que nos encontramos todos.

—Ya he pensado en eso, Owen, y a fondo, pero... —su voz se endureció— cumpliremos con nuestro deber donde y como podamos, y cuando llega el momento ningún hombre o lugar pueden eludir el sacrificio. ¿Irás?

—¿Es una orden?

—No, es una misión voluntaria y es justo que tengas miedo. No irás armado y tu vida estará al alcance de cualquiera de esos Tans.

Aparté la silla y me levanté.

—De acuerdo. Iré con una condición.

—¿Una condición? —Eché la cabeza hacia atrás. Su tono era severo.

—Una condición. —Mi voz tan severa como la suya—. Garantízame que despellejarás vivo a Paudh Moran en cuanto rompa la única punta de palo santo que me queda.

En sus ojos oscuros se encendió una luz.

—Me llevas una de ventaja, yanqui. ¡De acuerdo! Te lo garantizo.

—¡Y tanto que me despellejará! —se lamentó Big Paudh.

Miré al grandullón con resentimiento, pero sus ojos de buey observaban implorantes y sus mejillas redondas se contraían.

—¡Toma! Total, acabarías encontrando el escondite.

Le entregué la caña de pescar y sus palmas gigantescas acariciaron la funda de lona.

—¡Cielos, Owen! Te la arreglaré.

—Faltan un par de moscas y algún pececillo como cebo —sugirió Paddy Bawn, *el hombre tranquilo*.

Era demasiado tarde para recuperar mi caña, así que al final se quedaron también con mi caja de moscas y mi caja de cebos.